Manuel Tuñón de Lara: La superación del "98" por Antonio Machado

Las etiquetas, los lugares comunes, producen graves daños en la historia de la cultura. Y no es el menor de ellos el encasillamiento por un didactismo fácil de don Antonio Machado en la llamada generación de 1898.

Todo viene de dos postulados que, como tales, no tienen derecho de ciudadanía en un enfoque histórico-crítico que aspire a un mínimo de nivel científico. Y son: 1) la existencia de la generación del 98 como un todo coherente; 2) la inserción en ella de un Machado cuya vida y obra serían inmóviles, inseparables de cierto repertorio ideológico del despuntar de nuestro siglo.

Sobre que los del 98 no sean sino un grupo generacional, cuyos rasgos comunes apenas perduran dos lustros, hemos insistido en muchas ocasiones. Insistamos, empero, en algunos de sus aspectos:

El grupo generacional del 98 (Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Machado y, forzando la nota, Valle) intenta, como ha dicho José Luis Abellán,[1] «una aproximación a los problemas nacionales por la vía estetizante y literaria»; hay en él un radicalismo juvenil, bien estudiado por Blanco Aguinaga, más politizado (y Blanco añade a Blasco, que personalmente no pertenece al grupo), que se esfuma en poco más de un lustro.[2] Pero el 98 significa también la puesta en tela de juicio de todos los valores establecidos sobre el presente y el porvenir del país, la ruptura del bloque histórico (en el sentido gramsciano del término), de la hegemonía ideológica de las clases dominantes (concretamente de la hegemonía aristocrática-terrateniente, que había integrado los terratenientes no nobles y la alta burguesía); el 98 significa el fin del «unanimismo» ideológico. Cualquiera comprende que este inmenso hecho va mucho más lejos que los trabajos de un grupo de jóvenes escritores que serán conocidos años después.

Además, el punto de ruptura que significa el 98 está precedido por numerosos signos premonitorios: Institución Libre de Enseñanza, informe de Vera a la Comisión de reformas sociales; labor de «Clarín», evolución de la obra de Galdós, regeneracionismo a partir del libro de Lucas Mallada (1890)...

La revisión crítica a la que sirve de fulminante el desastre colonial (1898-1900) se expresa en varias direcciones:

a) El regeneracionismo; Costa, la Liga de productores, etc., que abre un proceso a la práctica sociopolítica de la Restauración.

b) Postura crítica de los jóvenes escritores, en unos con acentos radicales, en otros más estetizantes.

c) Expansión del movimiento obrero, que adolece de endeblez teórica.

d) Criticismo específico de la burguesía catalana.

e) Extensión del institucionismo en sus sectores krausista y positivista. Naturalmente, hay un complejo de interrelaciones de todas las citadas proyecciones.

Vemos, pues, que la crisis ideológica del 98 es un hecho, y el grupo generacional de escritores es otro, inserto dentro del primero. Si confundimos el todo con una de sus partes cometemos una grave mixtificación. Nuestra tarea es insertar a Machado en su grupo, es verdad, pero también en el contexto ideológico de la época.

Además, la crisis del 98 está fechada en el tiempo; el grupo generacional se sobrevive a través de las distintas trayectorias, muy divergentes, de sus miembros. No podemos captar de la misma manera dos hechos cuya dimensión temporal es diferente.

Antonio Machado no es hijo de comerciantes, como Unamuno; de propietarios, como Azorín; de hidalgos rurales, como Valle. Es hijo y nieto de hombre de total dedicación intelectual y de neta actitud política e ideológica. Hay una continuidad desde don Antonio Machado Núñez, gobernador civil de Sevilla y rector de la Universidad en tiempos de revolución, hasta su nieto Antonio Machado y Ruiz, pasando por el padre del poeta, Antonio Machado y Alvarez, eminente folklorista, muerto prematuramente. El abuelo es cofundador de la Institución Libre de Enseñanza; el nieto es discípulo de la misma, de don Francisco Giner, desde la edad de ocho años. Hay, pues, un rasgo *específico* de Machado que no tienen los demás del grupo del 98: su formación institucionista. Conviene no olvidarlo. El rasgo de frecuentar, con veneración, a los patriarcas republicanos de la época (Pi, Benot, etc.) lo tiene en común con Azorín, pero sus contactos eran más íntimos por razones familiares.

Con esa carga, con la de frecuentaciones diversas en tertulias, saloncillos de teatro y redacciones, le llega a Machado el 98 (hay que añadir sus meses parisienses de 1899 y en ellos su receptividad al «affaire Dreyfus»).

¿Cuál es el repertorio «ideológico» fundamental de la crisis del 98?

a) la crítica del sistema político de la Restauración creado por Cánovas y de su sustrato sociológico, el caciquismo. Costa y Unamuno señalan ya que la revolución del 68-73 fue una revolución frustrada: «nada cambió...»;

b) crítica de una concepción del pasado basada en hechos de armas y en glorias dudosas, con menosprecio del trabajo de los hombres (Costa, Alzola);

c) falta de confianza en el pueblo español como protagonista de la historia y creador de su porvenir. La infravaloración del trabajo se quiere buscar en una enfermedad nacional abulia en Ganivet, pero también en Mallada: para Salillas «los defectos históricos del carácter español

Texto de las conferencias pronunciadas en La Sorbonne (París) y otras universidades francesas para candidatos al Concurso de Agregación, curso 1972-73.

A publicar en separata en el «Bulletin Hispanique» de la Universidad de Burdeos.

1. José Luis Abellán: *Claves del 98*, en «Coloquio de Pau» 1973. E. Edicusa, Madrid, 1973, pp. 151-172.

2. C. Blanco Aguinaga: *Juventud del 98*, Madrid, 1970.

son el autoritarismo y la picardía», aunque luego rectifica («Hampa», 1898) y afirma que el vago y el maleante lo son por hambre.[3]

La vagancia para todos. Para Salillas, a causa del hambre; para Dorado Montero, a causa de la ignorancia. Y para solucionarlo buscan minorías; Costa, Posada, Dorado pide «tutores de pueblos»; Costa el cirujano de hierro o, al menos, una minoría directora.

El criticismo de la ignorancia y el de la educación abren el cambio a un espejismo moralizante, tan hispano que podemos seguir su curso desde la Constitución de Cádiz («justos y benéficos») hasta Giner («que los hombres midan sus actos y comprendan lo que vale una conducta inspirada por sanas intenciones y dirigida a motivos racionales» [...] la conciencia del deber, la honrada lealtad...»,[4] sin olvidar Pi e incluso el primer programa del partido socialista («trabajadores... iguales, honrados e inteligentes»).

Pero quienes son la punta de lanza para romper la hegemonía ideológica en el 98 desconfían de la colectividad, del pueblo español como protagonista.

En resumen, crítica del sistema sociopolítico (partidos de turno, falso parlamentarismo, caciquismo);

Denuncia de «males nacionales»: horror al trabajo, ignorancia, hambre;

Soluciones elitistas, con no poco de arbitrismo, negando el protagonismo popular;

demolición crítica de los valores «históricos» exaltados por la ideología hasta entonces hegemónica.

¿Cuál es el repertorio ideológico del grupo generacional del 98?

Adhesión a la tesis de la abulia nacional;

revisión crítica no sólo de los valores históricos, sino de los literarios;

exaltación estetizante del paisaje, no sólo del castellano, como se suele decir, pero con predominio del castellano.

La inclinación a la secularización de la vida civil (estreno de *Electra*) no es específica, sino común a vastos sectores de la sociedad.

Algunos ensayistas improvisados han querido acusar al grupo del 98 de un desprecio de la técnica, confundiendo el grupo mientras existe (hasta 1903 o 1904) con la involución de Unamuno y de Azorín.

Dentro del grupo hay «los tres» (Azorín, Maeztu, Baroja) que escriben varios documentos conjuntos, en los que pretenden «encontrar algo que canalice esa fuerza (de la gente joven) y sirva de lazo de unión»; ese lazo común es «la ciencia» (manifiesto de diciembre de 1901). «Aplicar los conocimientos de la ciencia en general a todas las llagas sociales.» Este «cientifismo», que viene en línea directa del positivismo de la época, puede completar, aunque fragmentariamente, el repertorio.

Hay, sin duda, el debatido asunto del modernismo: «98 y modernismo, son dos fenómenos diferentes (tesis de Salinas) o ¿el modernismo «tendencia general» (Juan Ramón) engloba al 98 como pretenden Onís y Ricardo Gullón? Si en el grupo del 98 predomina la novela y el ensayo, como dice Abellán, dejamos fuera a don Antonio. En efecto, para Abellán, Machado y Valle Inclán pasan de «un modernismo manifiesto en la mocedad a una literatura en la madurez que, sin violencia alguna, puede llamarse *comprometida* por ser evidente su inserción en la problemática sociopolítica que el país tenía planteada». («Claves para el 98», III Coloquio de Pau.)

Dejemos, pues, el problema de las técnicas literarias del modernismo, pero no sin señalar las distancias que Machado marcó siempre con respecto a Rubén Darío.

Escribiendo sobre los sonetos, en *Los complementarios*, hacia 1912, dice: «En España son bellísimos los de Manuel Machado. Rubén Darío no hizo ninguno digno de mención.»

Y en una nota de la pág. 97 de *Los complementarios:*

> Los líricos puros: Bécquer, Juan Ramón Jiménez.
> Neobarroquismo: Rubén Darío.
> El modernismo: Manuel Machado.
> El impresionismo lírico: Manuel Machado.
> El intimismo: Antonio Machado.
> La poesía integral y la desintegración de la poesía (Estudio hecho y conservado en el cuaderno 3.º).

Como es sabido, el 2.º y 3.º desaparecieron.

La vertiente rubeniana del modernismo es muy otra que la del intimismo de Machado. Pese a lo cual Ricardo Gullón ha señalado un poema de Machado «que bien pudiera servir de pórtico a *Prosas profanas;* se refiere a *Del Camino:*

> Madurarán su aroma las pomas otoñales,
> la mirra y el incienso salmodiarán su olor...

Sin embargo, el 15 de junio de 1914 Machado escribe en su cuaderno

> El adjetivo y el nombre,
> remansos del agua limpia,
> son accidentes del verbo
> en la gramática lírica,
> del hoy que será mañana,
> y el ayer que es *Todavía.*

> Tal era mi estética en 1902. Nada tiene que ver con la poética de Verlaine. Se trata sencillamente de poner la lírica dentro del tiempo y, en lo posible, fuera de lo espacial.

> Del pretérito imperfecto
> brotó el romance en Castilla.

Navarro Tomás en su artículo *La versificación de Antonio Machado,* afirma: «Sólo temporalmente Machado aceptó algunas de aquellas novedades [se refiere al modernismo]. Rechazó todo lo que su ponderado juicio consideraba como artificioso o superfluo.» Y añade: «En el repertorio del modernismo se han contado cuarenta y seis variedades de versos; en el de Machado sólo nueve.»

* * *

Pero es hora de volver a los del 98. Su proyección divergente se deja sentir muy pronto. Así, el «quijotismo», la «santa locura», el primado de lo cordial sobre lo racional, son temas unamunescos (aunque parta de Ganivet la «tercera salida de Don Quijote»); el primado del paisaje en el tiempo inmóvil sobre el protagonista es azoriniano; la exaltación (el hombre, aditamento estético del paisaje) protagonista de capas sociales marginales es barojiana.

Unamuno habrá de reconocer honradamente la fugacidad del grupo generacional. «Sólo nos unían [escribe en *La hermandad futura,* artículo publicado en "Nuevo Mundo", en 1918] el tiempo y el lugar, y acaso un común dolor; la angustia de no respirar en aquella España, que es la misma de hoy. El que partiéramos casi al mismo tiempo, a raíz del desastre colonial, no quiere decir que lo hiciéramos de acuerdo.»

Machado lo dice explícitamente en su poema *Una España joven* publicado en el núm. 1 de «España», el 29 de enero de 1915:

> ... Fue ayer; éramos casi adolescentes; era
> con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,
> cuando montar quisimos en pelo una quimera,
> mientras la mar dormía ahíta de naufragios.
> ... ...
> Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;
> agitó su brazo, acreditó su brío;
> dejó como un espejo bruñida su armadura
> y dijo: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío.»

3. Ganivet: *Idearium español*, 1898. — Lucas Mallada: *Los males de la patria*, 1890. — Rafael Salillas: *La teoría del caciquismo*, 1895; *Hampa*, 1898; Intervención oral en la información del Ateneo de Madrid sobre «Oligarquía y Caciquismo» (Edición de 1902, pp. 539-545).

4. Giner de los Ríos: «BILE», núm. 4 (1880), p. 36 y núm. 34 (1910), p. 276.

Manuel Azaña, en una crítica penetrante cuyo redescubrimiento se inicia desde hace poco, desmontaba ya hace medio siglo la mitología del llamado 98:

> Opina algún escritor que ahora triunfan en España las ideas de la generación del 98. ¿Las ideas? No lo entendemos. La posición de aquellos hombres[5] (de *aquellos*, porque han cambiado bastante) era esencialmente crítica. Si algo significan en grupo (la obra personal los ha diferenciado, jerarquizándolos como es justo) débese a que intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España. En el fondo, no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias... incorporaron momentáneamente a su vida sentimental lo que se ha llamado «problema de España». Desde entonces corre por válida la especie de que el ser español es una excusa de la impotencia. «Fernando Osorio» y «Antonio Azorín» son dos tipos de *ratés* que echan la culpa a la raza.
>
> La generación del 98... innovó, transformó los valores literarios. Esa es su obra.[6]

Los hombres del grupo literario del 98, reaccionan a nivel ideológico de las clases medias (pequeña burguesía, capas intelectuales) ante la quiebra ideológica del bloque oligárquico. Pero reaccionan, como también lo hacen la mayoría de los «regeneracionistas», los equipos formados en la Institución Libre de Enseñanza que empiezan a acceder al magisterio universitario, los profesionales de la medicina o del derecho más influenciados por el positivismo, etcétera. Incluso, un hombre al que se suele colocar en primera fila del 98 es, precisamente, de los que se habían «levantado antes del alba» y cuya crítica es menos estetizante (lo estetizante vendrá, si viene, más tarde); nos referimos a Miguel de Unamuno. Es, en suma, una crítica de los valores «establecidos» (y, sin duda, caducos) que se manifiesta pluralmente y, con frecuencia, en orden disperso. Antonio Machado no es, en aquel entonces, sino un joven predispuesto por su formación a esa labor crítica.

El 98 es mucho más que un replanteamiento de valores literarios. Hace ya once años que López Morillas[7] señaló que junto al 98 literario existe «otro 98»; el 98 tal vez pudiera definirse como *la ruptura de la hegemonía ideológica del bloque oligárquico*, con puntos de partida anteriores a esa fecha (entre ellos, y en primera fila, el krausismo español —«institucionismo»— que nutrió el espíritu del niño Antonio Machado) y que se expresa a varios niveles intelectuales, sociales y generacionales. Es el primer aldabonazo que anuncia el final de una España que se había agarrado con desesperación de náufrago a un sistema de valores correspondiente a una realidad social muy anterior. El 98 rompe así el unanimismo ideológico reinante (impugnado hasta entonces sólo por los Giner, Azcárate, Salmerón, Pi, Vera, Iglesias y, en el último decenio del siglo, por Costa ya maduro, por el joven Unamuno, por el regeneracionismo de Mallada, por Salillas, etc.); en primera línea de esa ruptura están los escritores jóvenes a quienes se clasifica usualmente como del 98, y otros como Blasco Ibáñez (cuyo radicalismo de impugnación ha sido señalado certeramente en nuestros días por Blanco Aguinaga).

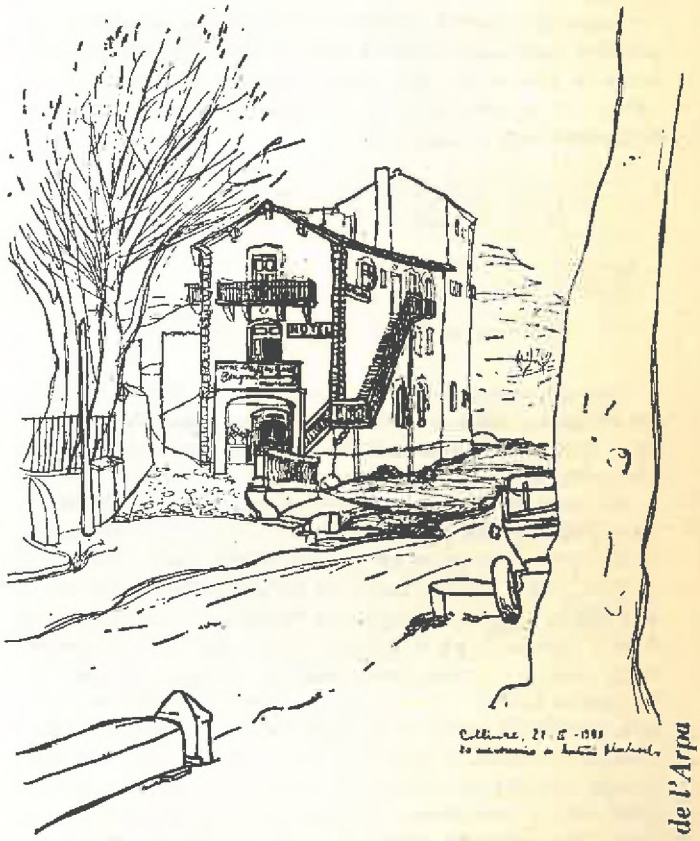
Ahora bien; en esas condiciones, fácil es comprender que la ruptura ideológica se produce en orden disperso y es lo menos unanimista posible; tampoco hay esa coherencia en el grupo de escritores jóvenes. La mitologización del 98, hecha posteriormente por Azorín, el etiqueteo fácil de unos y otros van reforzando el mito. En los años cuarenta contribuye a ese mito el libro de Laín Entralgo (que, sin embargo, desempeñó una función positiva al publicarse) en el que se busca una unidad noventayochista sin tener en cuenta fechas y circunstancias mezcladas en él. Todavía contribuyeron a reforzar el mito del 98 los embates ideológicos de quienes en nombre de una ortodoxia nacional mal entendida quisieron poner en el índice a los autores incluidos en ese grupo generacional; el reflejo ideológico de defensa tenía que ser el de estimarlos también como un bloque, dando de lado a sus notables diferencias.

Siguiendo nuestro camino, o mejor dicho el de Machado, conviene insistir en el acervo institucionista tan arraigado en nuestro poeta: prioridad de la educación, tolerancia, secularización, apertura a lo europeo, incluso cierto elitismo de minorías directoras no porque tengan la misión de mandar sino porque tienen la misión de educar... sin olvidar rasgos específicamente ginerianos: la sencillez, la modestia.

Ese bagaje y «las gotas de sangre jacobina» —que Pablo de A. Cobos señala y con razón— pertenecen al Machado que llega a Soria, un buen día de mayo de 1907, para tomar posesión de su cátedra de francés en el Instituto de aquella localidad.

Nuestra hipótesis de trabajo consiste en seguir la progresión de la temática machadiana desde el punto de partida que conocemos y comprobar su superación; o dicho de otro modo, la formación de una temática *específicamente machadiana*, en función de su tiempo, «a la altura de las circunstancias», que impide toda confusión con el 98 al menor esfuerzo intelectual que se haga. No es una progresión a saltos, sino que cada etapa de la obra machadiana lleva ya en su seno el embrión de la siguiente.

En primer lugar, hay una trayectoria que va del yoísmo al Tú esencial. Y no decimos del intimismo, porque ello opondría falsamente el concepto de intimismo al de comunicación con los demás. En verdad, el período intimista de Machado, tiene ya un binomio *intimidad-elementos externos;* los «universales del sentimiento» = emoción compartida.



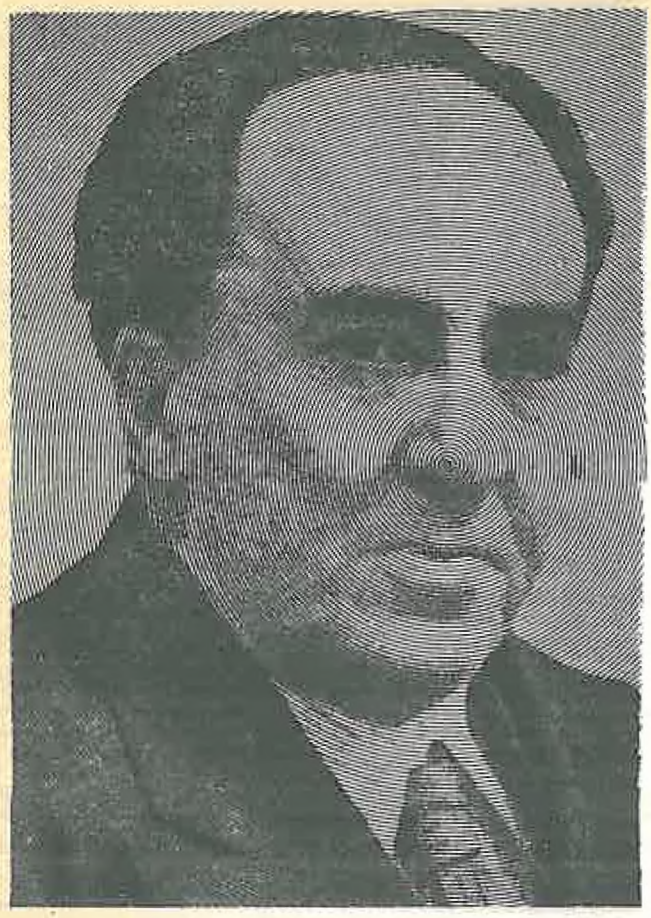
Collioure. Hotel donde murió Machado.

(Dibujo de RAFAEL SANTOS TORROELLA)

5. Ciertamente, hoy está probado el «radicalismo» de los jóvenes de aquel grupo, principalmente Azorín y Baroja, además del período socialista de Unamuno ya explicitado gracias a los trabajos del malogrado Rafael Pérez de la Dehesa y de Carlos Blanco Aguinaga. Sin embargo, aquí nos referimos a la «ideología» de las obras publicadas a partir de 1901 cuya onda de público y crítica es más importante y que serán las que siempre se utilicen para hablar de «ideas» o de «valores» del 98, con expresión evidentemente impropia.

6. Manuel Azaña: *¡Todavía el 98!*, «España», 20 octubre 1922.

7. López Morillas: *Preludio al 98 y literatura del desastre* en «Modern Language Notes» (1962), recogido en *Hacia el 98*, Barcelona, pp. 223-253.



En verdad, Machado no parece haber pensado nunca en enlazar con el modernismo *externo* de Rubén —seguido por Salvador Rueda, por Villaespesa, etc., sino con el modernismo *íntimo* de Juan Ramón en su primera época. Machado cree entroncar directamente con Bécquer, sobre todo por la sencillez, por la insistencia en lo que llama «la rima pobre».

Entre los muchos puntos de enlace con las *Rimas* del también sevillano Gustavo Adolfo, ha señalado Sánchez Barbudo la poesía XL *Inventario Galante* que apareció en «Blanco y Negro» en 1904; fantasía, deseo de amor, dos hermanas muy distintas. Una:

> Yo soy ardiente, yo soy morena,
> yo soy el símbolo de la pasión.

y la otra:

> Mi frente es pálida, mis trenzas de oro...

Una de «morena carne», otra, «clara y débil». Bécquer las rechaza y elige el sueño, «la mujer imposible». Machado... opta por la morena! La diferencia vale la pena de ser señalada.

El cuarteto alejandrino que lleva el número XXXV tiene también su carga becqueriana y varios más de *Del camino*. (Sin embargo, el «Preludio» de esa parte —que lleva el núm. XX— marca, como ya hemos señalado citando a R. Gullon, una neta imaginería rubeniana.) Cernuda señalaba el poema X («A la desierta plaza / conduce un laberinto de callejas...) como entroncado en Bécquer. De *Galerías* el poema LXXII («La casa tan querida / donde habitaba ella, / sobre un montón de escombros arruinada...») Bousoño ha señalado el parentesco del poema XV («La calle en sombra...) con la rima XLII («Cuando me lo contaron sentí frío...) basándose en la vaguedad de la emoción evocada. Más evidente parece la analogía con las *Rimas*, en *Galerías*, poema LXIV («Desde el umbral de un sueño me llamaron... / Era la buena voz, la voz querida...»)

Nuestro empeño no tiene la pretensión erudita de hacer una disección de poemas para señalar o negar analogías formales con obras y corrientes poéticas. Tratamos de ir al fondo de las ideas y sentimientos del autor. Tratamos, en lo que se refiere a su obra juvenil, de señalar elementos comunes con el noventayochismo: pesimismo, juventud perdida... En cambio el intimismo que nos ocupa no parece que sea esencialmente noventayochista. Y el hilo que va de Bécquer a Machado parece más arraigado y duradero. Baste con releer estas líneas de *Juan de Mairena:*

> La poesía de Bécquer —sigue hablando Mairena a sus alumnos—, tan clara y transparente, donde todo parece escrito para ser entendido, tiene su encanto, sin embargo, al margen de la lógica. Es *palabra en el tiempo*, el tiempo psíquico irreversible, en el cual nada se infiere ni se deduce. En su discurso rige un principio de contradicción propiamente dicho: sí, pero no; *volverán, pero no volverán*. ¡Qué lejos estamos, en el alma de Bécquer, de esa terrible máquina de silogismos que funciona bajo la espesa y enmarañada imaginería de aquellos ilustres barrocos de su tierra! ¿Un sevillano Bécquer? Sí; pero a la manera de Velázquez, enjaulador, encantador del tiempo. Ya hablaremos de eso otro día. Recordemos hoy a Gustavo Adolfo, el de las rimas pobres, la asonancia indefinida y los cuatro verbos por cada adjetivo definidor. Alguien ha dicho con indudable acierto: «Bécquer, un acordeón tocado por un ángel.» Conforme: el ángel de la verdadera poesía.

En la edición de *Soledades* de 1907 está también el poema sobre «las buenas gentes» que trabajan «sus cuatro palmos de tierra», que apunta ya hacia el Tú colectivo, aunque sin ir más allá de cierto populismo.

Campos de Castilla será un cambio, en apariencia brusco, hacia la objetividad de los otros hombres. Será un tránsito del Yo al Tú que se operará a través del paisaje como primera etapa. Azorín escribió entonces, sobre Machado que «el poeta se traslada al objeto descrito. No olvidemos, sin embargo, que el poema IX *Orillas del Duero*, escrito en mayo de 1907, con ocasión de su primer viaje a Soria, contiene en germen *Campos de Castilla*.

Y contiene la conceptualización del paisaje concreto soriano elevándolo a la categoría de «tierra de España». De la lírica del paisaje concreto se pasa a que sea representación de esa *tierra* a dimensión nacional que, sucesivamente y también a la vez, será «hermosa», «triste», «pobre», estableciéndose un contacto cordial entre ella y el poeta quien a través y por encima del paisaje concreto se dirige a lo esencialmente nacional. Esta actitud es, en cierto modo, noventayochista, pero entronca mucho más directamente con Unamuno (Aurora de Albornoz lo ha demostrado hasta la saciedad)[8] que con los restantes del grupo, incluso Azorín. Machado, como Unamuno, al enfrentarse con el tema de las tierras de España no entra en el esteticismo del 98.

No vamos empero a negar que el Machado de la época de Soria, el de *Campos de Castilla* y del amor por Leonor, es el que se considera generalmente como de neta expresión noventayochista. En efecto, el período de Soria representa por un lado la cristalización poética de buena parte de la «ideología» del 98 adquirida en los años precedentes (sobre todo, la citada presencia de Unamuno, pero también la visión «regeneracionista» de las tierras de España) y, por otro lado, contiene los primeros elementos de superación de esa «ideología».

Entre los rasgos noventayochistas podemos citar la visión crítica y pesimista de España, la exaltación del paisaje castellano espejo de decadencia, las lamentaciones por el estado presente de la patria... Tomemos el poema XCVIII *A orillas del Duero*. Constituye una evocación de la decadencia, una crítica de la ignorancia y de la pobreza

> ¡Oh, tierra triste y noble,
> la de los altos llanos y yermos y roquedas,
> de campos sin arados, regatos ni arboledas;

8. Aurora de Albornoz: *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*, Madrid, 1967.

decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos, sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora.

Miseria, pobreza, gentes que emigran... Aún se evoca una grandeza de otros tiempos; aún se sueña a Myo Cid Rodrigo y a los galeones cargados de oro y plata. El criticismo es pesimista, el horizonte está cerrado.

El hombre es Caín todavía. Al principio, Machado no acepta ese hombre. En el poema XCIX *Por tierras de España*.

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;
ni para su infortunio ni goza su riqueza;
le hieren y acongojan fortuna y malandanza;
... ...
Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por esos campos el bíblico jardín—
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

Es el cainismo como un espectro que se aparece a Machado desde el principio hasta el final de su obra. Basta pensar en su poema *Recuerdo infantil* (V); el Caín del ingenuo cartel escolar pesa en la memoria de Machado; memoria de muy primera infancia, sin duda procedente de la escuela privada que en Sevilla regentaba el señor Sánchez, en la que Antonio y Manuel aprendieron sus primeras letras. A la Institución le eran absolutamente extraños los cartelones bíblicos y «el maestro... anciano, mal vestido y seco, que lleva un libro en la mano», del poema en cuestión.

Ya al final de su vida, en *El poeta recuerda las tierras de Soria*, se pregunta don Antonio con congoja:

¿O es, otra vez, Caín, sobre el planeta
bajo tus alas, moscardón guerrero?

Fuerza es reconocer que la obsesión de Machado por el cainismo no era gratuita; de las envidias ramplonas de fines del XIX se iba a llegar en el XX a un cainismo en que «la mancha carmín» junto al cuerpo de Abel del cromo escolar se hace realidad de sangre sobre las tierras de España.

Hay también en este período machadiano una buena carga del «noventayochismo regenaracionista» (que produjo mucho más impacto al terminar el siglo que el tan traído y llevado de los literatos). Para servirnos de un ejemplo, tomemos *El Dios ibero* (CI) —que, como todo el mundo sabe, es posterior en fecha (1913) a la primera edición de *Campos de Castilla*—; ahí esta el encadenamiento del pasado al presente y al mañana, no como lamentación de decadencia, sino como signo de esperanza; un porvenir de la patria que abrirá «el corvo arado sus besanas», una invocación a la «leña verde en los viejos encinares». La crítica del presente abierta a la esperanza, superando el pasado pero no rompiendo con él, tiene base «costista». Me atrevo a pensar que la elaboración originalmente machadiana de la visión de España, del hombre español, del trabajo, etc., hinca sus raíces en las bases ginerianas y costistas. El final del período de Soria y los comienzos del período de Baeza testimonian los primeros pasos en que supera Machado el 98; pero en la primera etapa lo superado es la vertiente literaria o estetizante, la del criticismo pesimista, la abulia, la falta de fe en los hombres, etc.

Por el paisaje castellano —muy noventayochista— va llegando al hombre. Y en *Campos de Soria*, el hombre domina el paisaje; ya sean los pastores, ya sean el hombre y la mujer tras la yunta de cuyo yugo pende la cuna del hijo, «cesto de juncos y retama»; el hombre en tres generaciones en las imágenes del invierno, los viejos padres del arriero que «se enterró en las nieves de la sierra» cuya niña —estampa de la esperanza— piensa en los verdes prados... «cuando crecen las blancas margaritas...» «Gentes del alto llano numantino...» con cuya invocación termina el poema. Ya estas gentes no se presentan como malas, ni como cainistas; pero sobre todo, *Campos de Castilla* con su «ideología del 98», de decadencia, de ignorancia, de mitificación del pasado; con su contradicción «unamuniana» de «tierra inmortal, ¡Castilla de la muerte!», supera y se opone al «castellanismo» de Azorín en el que el hombre, petrificado, no es sino un objeto más del paisaje.

La Tierra de Alvargonzález, aunque tiene personalidad propia dentro de *Campos de Castilla* (está escrita probablemente en 1911) merece nuestra atención; porque *a*) es en cierto modo un paradigma del período machadiano de Soria, en sus breves años de feliz matrimonio con Leonor; *b*) porque es la sola vez en que escribe ese nuevo género de romance que «no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron», de que habla en su prólogo a *Campos de Castilla* de 1917.

Como sabemos, hay la versión en prosa (publicada en «Mundial-Magazine» en enero de 1912), la primera versión en verso (publicada en «La Lectura» en abril de 1912), y la versión integrada en *Campos de Castilla*, que sale de prensas, como cada cual sabe, en julio de 1912 (la versión de «La Lectura» tardó mucho en salir, y de esta lentitud de Martínez Sierra se queja Machado en una de sus cartas).

La tierra de Alvargonzález es el romance de la envidia cainista en el medio rural de Castilla; el tema es esencialmente noventayochista. Drama de la tierra y de la codicia por ella. El paisaje está aquí en función del hombre y de sus dramas, aunque hay versos (incluidos en la versión de *Campos de Castilla*) de tipo «ideológico» general que escapan a la trama concreta.

¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!
... ...
¡Oh pobres campos malditos,
pobres campos de mi patria!

Sobre la técnica de *La tierra de Alvargonzález* quisiéramos señalar algo que Machado tenía escrito, que está en la edición facsímil de *Los complementarios*,[9] y que no está en las *Reflexiones sobre la lírica* a propósito del libro de Moreno Villa, tal como aparecieron en «Revista de Occidente» (1925) (pertenece al borrador que elaboró don Antonio para redactar ese ensayo):

> Como toda rima, no contiene el romance sino el repetido encuentro de un sonido con su imagen fónica, pero la iteración periódica de las mismas vocales va reforzando en la memoria la serie de fonemas pasados y nos da en cada momento de la rima una sensación nueva que se destaca sobre recuerdos de tonalidad y tensión distintas. Si la poesía es, como yo creo, palabra en el tiempo, su metro más adecuado es el romance, que canta y cuenta, que ahonda constantemente la perspectiva del pasado, poniendo en serie temporal hechos, ideas, imágenes, al par que avanza, con su periódico martilleo, en el presente.[10]

Cabe señalar, en fin, que la idea del relato popular como fuente del poema es un rasgo —a nivel estético— de reconocimiento de valores populares mucho más acusado que lo habitual en el Grupo del 98.

9. *Los complementarios*. Ed. facsímil; un volumen de reproducción fotostática y otro con el mismo texto impreso, en edición crítica de Domingo Ynduráin. Madrid, 1971. Todas las citas de *Los complementarios* las hacemos por el texto impreso de esa ed.

10. *Ibid.*, pp. 235-236 de la ed. tip.

El rechazo de la escala de valores históricos dominantes es común al conjunto ideológico del 98 y tiene su precedente en el Institucionismo (y, desde luego, en los primeros socialistas). Es esa la línea costiana a que más arriba nos referíamos, con tan marcada analogía en el Unamuno del último decenio del XIX; Machado la expresa de manera coherente en el artículo que escribe para el número común que publican los periódicos sorianos con motivo del centenario del 2 de Mayo de 1808:

> ... Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos, buena no más para ser defendida a la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y que se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida o abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra...

Las referencias de Machado a la vacuidad de rememorar los sitios de Gerona y Zaragoza o la espada del Cid recuerdan directamente críticas parecidas de Costa a la evocación de los nombres de Otumba y Lepanto, etc.

* * *

Sobreviene la gran tragedia de Machado, la muerte de Leonor, sincronizada por triste coincidencia con el éxito de *Campos de Castilla*. En seguida viene el traslado a Baeza, los poemas del dolor y la desesperación...

El período de Baeza (fines de 1912-primavera de 1919) completado por los dos primeros años del período de Segovia, es esencial en la progresión temática de Machado que, de ahora en adelante, será estrictamente personal.

Sería artificioso enfocar este período de su obra aislándolo del tiempo histórico. Tratando de Machado en su coyuntura «de Baeza a Segovia», escribe José María Valverde,[11] «la importancia decisiva que tiene para la lectura (de un autor) el *orden cronológico*, a menudo sacrificado a una consideración de géneros literarios, por parte de críticos, historiadores y presentadores. Una breve poesía puede adquirir luces diferentes según la tratemos en un punto o en otro de su contexto total e irreversible».

Por eso, si hay hechos básicos en la vida personal de Machado (soledad y mayor reflexión, más viajes a Madrid y más contactos con sus medios culturales y políticos, un poco abandonados durante el período de Leonor —en el que hay también la permanencia de largos meses en París—), hay, sobre todo, los siguientes hechos: irrupción de otro grupo generacional de gran protagonismo político y universitario (el llamado de 1914); guerra mundial; crisis del sistema político de la monarquía española nacida en Sagunto; papel de primer plano nacional de las organizaciones obreras y subsiguiente protagonismo de las multitudes; contradicciones económicas que se sitúan en la base de la crisis anotada; a ello hay que añadir la repercusión de la revolución soviética rusa, de la revolución alemana... En fin; el sistema cruje; en 1919, hay un momento en que los obreros agrícolas son dueños virtuales de provincias enteras, mientras Barcelona conoce la mayor violencia social y represiva; y dos años después, en 1921, los descalabros de la guerra del Rif ponen de manifiesto la incapacidad del bloque de poder dominante que, perdida su hegemonía ideológica, se esfuerza en poner remiendos a su estructura estatal con objeto de no desplomarse.

La sensibilidad de Machado ante todo esto es extraordinaria. Pero no surge de la nada, como tampoco surge de la nada su actitud de 1936. Nos ha contado como muy de niño (debía ser en 1886), «recuerdo haber llorado de entusiasmo oyendo *La Marsellesa* a una turba, que vitoreaba a Salmerón a su vuelta de Barcelona.[12] El pueblo hablaba de la idea republicana, y esta idea era, cuando menos, una emoción ¡y muy noble, a fe mía!».

Nos ha contado también cuando oyó por vez primera a Pablo Iglesias, también de niño, en los Jardines del Buen Retiro. Machado no recordaba la fecha; se trata, seguramente, del mitin del Primero de mayo de 1891.

En los años que nos ocupan (exactamente a fines de 1913) Machado se adhiere a la Liga de Educación Política, capitaneada por Ortega y Gasset, verdadera proyección del reformismo «melquiadista» sobre el mundo intelectual. Seguramente, don Antonio se había limitado a dar su nombre a cualquier amigo sin preocuparse de más; decimos esto porque contrasta el «accidentalismo» de formas de gobierno de la Liga y del Partido Reformista con la actitud de Machado. Cuando su respetado don Gumersindo de Azcárate, Pedregal, etc., aceptan la táctica del Partido Reformista (así como Ortega y Morente entre los jóvenes) don Antonio reacciona fuertemente. En su cuaderno de *Los complementarios* anota juicios muy duros:

> Don Gumersindo de Azcárate, anciano venerable, pero demasiado anciano.
>
> Tenemos favor y estamos perdidos, dijo don Francisco Giner.
>
> ¿Cuántas vueltas darán los pobres reformistas, antes de caer en el saco de la basura?
>
> El Palacio de Oriente es el Huerto del Francés del honor político.[13]

Son aquellos años en que Machado participa en la revista «España», firma manifiestos proaliados... en 1917 va a la madrileña Casa del Pueblo a escuchar la conferencia de Unamuno (llena de dislates, verdad es); en 1918 participa en la manifestación pro-amnistía; más tarde es miembro cofundador de la Liga Española de Derechos del Hombre, responde a la encuesta de la revista «La Internacional» de Núñez de Arenas, colabora en la revista «La Pluma» de Azaña...

El llamado «período de Baeza» tiene, pues, una importancia excepcional en la temática específica de Machado: el hombre, que va cobrando importancia en Soria, se vincula ahora a las ideas-fuerza de trabajo, de pueblo... De la misma manera que en *Campos de Castilla* el «Tú» de carga noventayochista (presente ya, en estado embrionario, en dos poemas anteriores, el II y el IX) ocupa el puesto del intimismo, y que la idea del hombre evoluciona a través de los cinco años de Soria, ahora llega Machado a la concreción de un «Tú» que supera la visión noventayochista; Tú emotivo, Tú indispensable para el vivir (vivir = convivir); el humanismo abstracto es sustituido por el humanismo inserto en la problemática y antagonismo de la estructura social.

> Poned atención / un corazón solitario no es un corazón.
>
> En mi soledad / he visto muchas cosas / que no son verdad. («No son verdad del *Nos*, aunque lo sean del Yo», comenta García-Bacca.)

Esos proverbios, escritos al comienzo del período de Segovia, condensan la experiencia de 1913-1919.

También de esta época es la expresión de la poética específica de Machado, la de la sentimentalidad colectiva (Prólogo de 1917; será luego desarrollada en *Sobre Moreno Villa* (1925); *La máquina de trovar* (1928): borrador del discurso de entrada en la Academia (1931), y *Juan de Mairena*).

Puede servir de introducción a este período el poema *Las encinas* que, aunque integrado en ediciones sucesivas a *Campos de Castilla*, es posterior a la primera edición de este libro y al período de Soria. Fue publicado por

11. José María VALVERDE: *Introducción y edición crítica de Nuevas Canciones y De un cancionero apócrifo*. Madrid, 1971.

12. *Los complementarios*. Edc. tip. p. 82.

13. *Ibid.*, pp. 39-40. La nota, sin fecha, pertenece sin duda a 1915. Insiste en el mismo tema en otra nota de abril de 1922, a propósito de la visita de Unamuno a Palacio Real (p. 99).

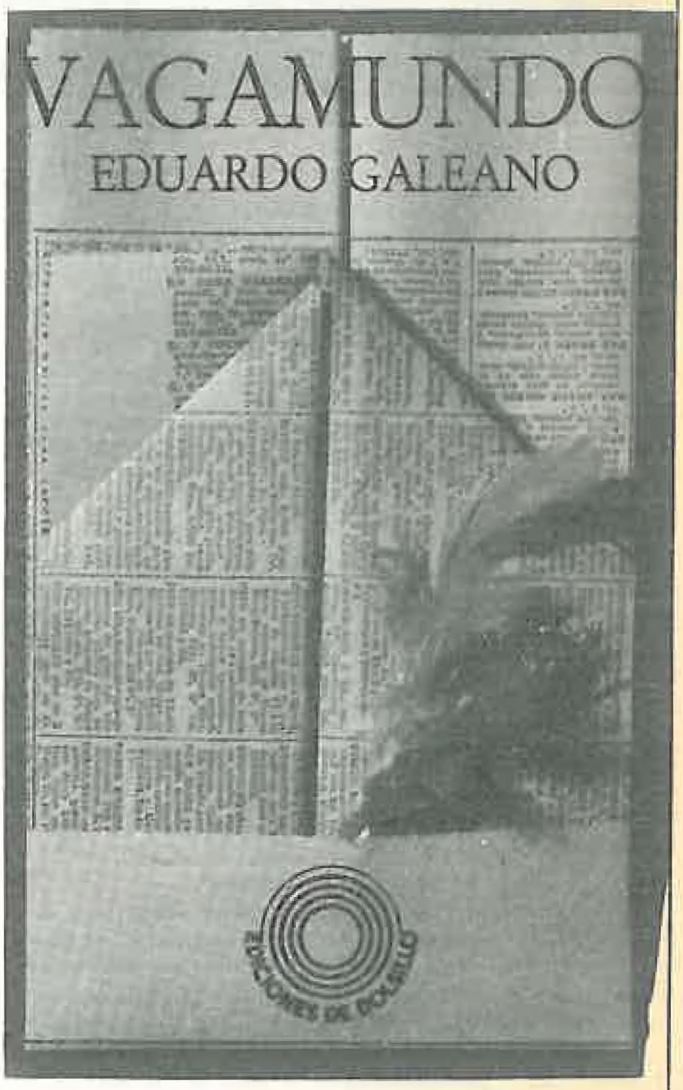
editorial laia, s. a.

Constitución, 18-20 - Tel. 332 84 08 - BARCELONA (14)

Böll, Gorki, Vallejo, Bichsel, Oscar Lewis, Arguedas, Galeano, Barnet, Víctor Mora, Ramon Comas, Candel, Teixidor, Braulio Foz, Klotz, Carme Riera, Perich, Maria-Aurèlia Capmany, Dostoievski, Chejov, "Clarín"... autores del catálogo Laia-narrativa, con dos importantes novedades

Heinrich Böll
Irlanda, ¿què en fas, dels teus fills?

Tot just enfilat a bord del vapor, vaig veure, sentir i flairar que havia passat una frontera; havia vist un indret delicíós d'Anglaterra: Kent, gairebé bucòlic; només havia tocat a frec la topogràfica meravella de Londres i, en acabat, havia vist un dels costats ombrius d'Anglaterra: Liverpool. Mes ara, dalt del vapor, Anglaterra s'havia acabat: s'hi sentia baf de torba, d'entrecobertes i del bar pujava el so d'un cèltic gutural. l'ordenament social d'Europa prenia aquí d'altres formes: la pobresa no sols no hi era cap «ignominia», que no hi era ni honor ni ignominia: hi era moment d'au-tocons- ciència social, tan poc important com la riquesa: les ratlles dels pantalons havien per-dut aquell perboc tallant, i la imper



Heinrich Böll: IRLANDA, QUÈ EN FAS, DELS TEUS FILLS?

El "diario irlandés" de un escritor torturado por la pervivencia del nazismo. El texo que escribió, en 1957, el premio Nobel alemán.

Eduardo Galeano: VAGAMUNDO

La convergencia del mundo infantil y del terror institucional, a través de la prosa iluminada del último premio "Casa de las Américas"

Pedidos a: **DISTRIBUCIONES DE ENLACE**

AUSIAS MARCH, 49 - TELF. 245 54 23 BARCELONA 10

vez primera en julio de 1914 y «después de una excursión a El Pardo», como reza la dedicatoria. Cronológicamente hay que situar delante de él los poemas *Del pasado efímero, El mañana efímero*, el envío a Azorín cuando el banquete de Aranjuez, *Desde mi rincón* y *El Dios Ibero* ya citado.

> Ya sé encinas / campesinas / que os pintaron, con lebreles / elegantes y corceles, / los más egregios pinceles...
> Mas sois el campo y el lar / y la sombra tutelar / de los buenos aldeanos / que visten parda estameña, / y que cortan vuestra leña / con sus manos.

Las encinas es la ruptura con la visión aristocrático-elitista del campo, de los fondos velazqueños y la afirmación del primado popular y del trabajo.

Empalma directamente con *Los olivos* (imagen ésta andaluza, y no castellana), que data seguramente de fines de 1914 o de 1915 (S. Barbudo apunta que ya había tenido lugar la batalla del Marne).

> ¡Viejos olivos sedientos
> bajo el claro sol del día,
> olivares polvorientos
> del campo de Andalucía!
> ... ...
> Olivar, por cien caminos
> tus olivitas irán
> caminando a cien molinos.
> Ya darán
> trabajo en las alquerías
> a gañanes y braceros.
> ¡Oh, buenas frentes sombrías
> bajo los anchos sombreros...!

La exaltación del trabajo, que lo «despega» del 98, pero no del institucionismo, tendrá un sentido fraternal, hacia el Otro:

> ¿Dices que nada se crea?
> No te importe, con el barro
> de la tierra, haz una copa
> para que beba tu hermano.

escrito probablemente en 1917 (publicado en *Nuevas Canciones*, más tarde).

Pero sobre todo, lo que radicaliza más el «despegue» de Machado es la asimilación del concepto trabajo al de pueblo; la oposición trabajo-no trabajo, paralela a pueblo-señorito, que será desde entonces una línea fundamental de su pensamiento.

El período 1913-1920 marca la ruptura con todo posible elitismo, con el pesimismo de la abulia, con la mitología de un campo pobre (que hay aún en *Campos de Castilla*), con la confusión entre el pueblo que trabaja y quienes viven de su trabajo. Lo esencial es que el paso del elitismo al humanismo popular, de la mitología del paisaje y la pobreza a la exaltación del trabajo, está íntimamente vinculado a la elaboración de valores en función de las distintas clases sociales y a una manera de abordar el «problema España» que no sólo se separa de la confusión y del esteticismo del 98, sino también de la bipolaridad galdosiana o de Ortega.

Los elementos básicos para trazar esta época machadiana son los poemas ya citados, a los que se puede añadir el *Coplas por la muerte de Don Guido, A una España joven* (enero 1915), el *Elogio* a don Francisco Giner en su muerte (febrero 1915). Buena parte de las *Canciones y Proverbios* (publicadas en *Nuevas Canciones*, 1924 y parte en «Revista de Occidente» 1923). En prosa, además de lo contenido en el cuaderno de *Los complementarios*, el prólogo al libro *Helénicas* de Hilario Ayuso (1914) *La reacción* (fechado erróneamente en 1916 por G. de Torre e incluso por Macrí, confundiéndose con el texto que sigue sobre Kant, cuando es de 1919-1920, cuando el bloqueo de la Rusia soviética), *Extensión universitaria* (publicado en «La Voz de Soria» en 1922), *El señor importante y los que soplan fuera*, la mayor parte de los cuales están contenidos totalmente o en boceto, en *Los complementarios*. Y sus declaraciones a «La Internacional»: 1920.

Ciertamente, la lírica machadiana de *Canciones de tierra baja, Canciones del alto Duero*, etc., es imprescindible para comprobar el ahondamiento de Machado en las fuentes populares, aunque ya no vuelva a usar el romance. El eco de los antiguos cancioneros, el precedente de Lorca y Alberti, como ha señalado Darmangeat (y no «el eco» como escribió Cernuda, que no conocía la cronología de la obra machadiana).

En 1920 le dice a Rivas-Cherif en «La Internacional» (17 septiembre):

> Mi próximo libro será, en gran parte, de coplas que no pretenden imitar la manera popular —inimitable e insuperable, aunque otra cosa piensen los maestros de retórica—, sino coplas donde se contiene cuando hay de mí en común con el alma que canta y piensa en el pueblo. Así creo yo continuar mi camino, sin cambiar de rumbo.

Así se desmiente la errónea interpretación de los que siguen «buscándole tres pies al gato» a propósito de don Antonio y dicen que su teoría de la sentimentalidad colectiva (expuesta en el prólogo de 1917, pero también después) no se traducía en su práctica poética tras abandonar el romance; en realidad *Proverbios y Cantares* como otros aspectos más de su obra son aplicación de la sentimentalidad colectiva, de esa creación del poeta en que, como dice Fischer, «el elemento social o colectivo se ha subjetivado en el YO, pero el contenido esencial de la personalidad —de la obra de arte— sigue siendo social». Es NOSOTROS podríamos añadir con expresión del mismo don Antonio.

En suma, la ruptura con todo elitismo (que luego será explicitada en *Juan de Mairena*) es evidente en este período.

Quien no trabaja es el señorito; «quien elude el trabajo para ganarse el pan», dirá más tarde Mairena. Pero desde 1913 Machado distingue entre quienes cazan en los encinares y quienes trabajan; entre quienes hablan en la rebotica sobre el tiempo y las cosechas (ironiza, «¡Las fatigas, los sudores / que pasan los labradores!») y quienes trabajan en los olivares y en los molinos aceiteros.

Don Guido es la estampa más crítica que se ha hecho del propietario señorito de las tierras del Sur. Porque es en su Andalucía donde Machado aprehende las relaciones sociales del trabajo (las relaciones de producción, podríamos decir); un trabajo que era todavía abstracto interclasista en la concepción institucionista. Ese trabajo se va haciendo *pueblo* en tierras sorianas, pero no está claro el no-trabajo, el aprovechamiento del trabajo ajeno en función de la propiedad. Eso surge en Baeza, en contacto con los latifundios olivareros.

Don Guido —«fin de una aristocracia»— y «este hombre del casino provinciano» son los tipos del *señorito*, en manera alguna abstracto, sino identificados concretamente por el poeta en su experiencia andaluza de hombre maduro, en contraste con el hombre que trabaja en los olivares.

Hay, sin embargo, en ese tiempo, un canto de Machado al trabajo en abstracto, a la manera clásica «institucionista»: el *Elogio a don Francisco Giner*, escrito en prosa y en verso cuando muere el maestro:

> ¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

La contraposición entre este *Elogio* y las *Coplas a la muerte de don Guido*, es evidente: «lleva quien deja y vive el que ha vidido», dice al maestro que se ha ido «por una senda clara».

Alguien dirá: ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?

En el artículo que publica en el «BILE» tras la muerte de Giner, don Antonio dice: «Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética—, sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos...»

Muere irremisiblemente don Guido; no puede *llevar* nada, porque nada *deja; no deja porque no ha vivido auténticamente*. Vive siempre, vive después de muerto, el que ha vivido: *el que ha vivido deja;* deja Giner su obra, sus discípulos, su ejemplo, y hasta el sueño de *«un nuevo florecer de España»*. Lleva todo eso a la inmortalidad porque lo deja aquí, tangible, creado, en nuestro mundo concreto-real.

Por otra parte, el trabajo, no como abstracción opuesta a la pereza, sino como realidad social, va a entroncar con la concepción machadiana de *«las varias Españas»*.

No vamos a engolfarnos en un análisis detenido de esta concepción, que se expresa en los poemas *Del pasado efímero* (publicado en 1913 en el periódico soriano «El Porvenir Castellano» con el título *Del pasado superfluo*), *Del mañana efímero* (1913), *Desde mi rincón* (1913), *Una España joven* (1915), *Hay un español que quiere...* [14]

La España que *muere*, la que *bosteza*, la que *empieza* no son la clásica dicotomía ni momentos sucesivos en proyección lineal; coinciden contradictoriamente en el tiempo; cada una tiene su raíz social y su función histórica; en su multiplicidad contradictoria constituyen la unidad dialéctica «España». Machado no hace sino reconocer que la realidad de la nación es contradictoria por definición; sus *varias Españas* no son sino un corte vertical que da en un momento preciso a la sociedad española para expresar el antagonismo básico dentro de ella.

Como fácilmente puede colegiarse, nada hay más lejos del esteticismo y del pesimismo noventayochista. Machado dice en el *Envío a Azorín:* «creo en la libertad y en la esperanza» y le advierte: «oye cantar los gallos de la aurora».

Es imposible confundir esa visión con la España partida por gala en dos de Larra («aquí yace media España, murió de la otra media»), con la España bipolar de Galdós, con la oposición «España vital y España germinal» de Ortega siempre a nivel de élites; ni siquiera con la España *real* y la España *soñada* de Unamuno porque, como certeramente ha señalado Aurora de Albornoz, para el rector de Salamanca es simple quimera esa España soñada, y para Machado «tiene que llegar a ser realidad en un futuro»; la *España de pasado mañana* diríamos nosotros, sin olvidar que, para que tal sea, tiene que existir ya en el Hoy, en contradicción dialéctica con éste y con el Ayer, para afirmar la posibilidad de Mañana.[15]

Si en la obra poética esa contradicción insita en España tiene ya base social, se afirma aún con mayor fuerza en la obra en prosa. Véase, por ejemplo, *La reacción* (inexplicable y arbitrariamente fechada por Guillermo de Torre en 12 de julio de 1916, cuando está escrita en el Cuaderno sin fecha, pero entre dos textos de 1922) frente al bloqueo contra la Rusia soviética y frente a la represión de Martínez Anido contra el sindicalismo en Barcelona.[16] Igualmente, léase:

> *El señor importante y los que soplan fuera:* «En una nueva sociedad, organizada sobre el trabajo humano y atenta a la cualidad de éste, ¿qué haríamos del señor importante cuya especialidad consiste en tener más importancia que todos sus prójimos reunidos? ¿Qué hacer de ese hombre que vemos, al frente de casi todas las agrupaciones humanas, presidente, director, empresario, socio de honor en quien se reconoce —sin que sepamos por qué— una cierta idoneidad para el lucro usurario, la exhibición decorativa, la preeminencia y en anfitrionismo?» [17] La moraleja del cuentecillo de Machado es que los dos cornetines andaluces en cuestión que soplaban fuera (es decir, que cobraban y no trabajaban) ascendieron, por esa razón, de escala social: «Desde aquel día —escribe— forman parte de la empresa.»

El antagonismo social está expresado con mayor dureza en el texto *Por equivocación* que apareció en «El Sol» (septiembre de 1920),[18] que comienza así: «Dos pobres hombres que comían en la venta de un camino de España fueron muertos a tiros por la Guardia Civil. Fue un error un tanto irreparable, que hasta las personas de orden lamentaron.»

La historia sigue; los fantasmas de los muertos se presentan al escritor para pedir justicia. Machado les escribe entonces:

> Dice el burgués: Al pobre
> la caridad, y gracias.
> ¿Justicia? No; justicias,
> para guardar mi casa.

El sentido de la subordinación de los valores a los intereses de clase es aquí más fuerte que en los otros textos.

Llegada a este nivel (primeros años del período de Segovia), el «despegue» de Machado del repertorio «ideológico» noventayochista —en el más amplio sentido, incluyendo los regeneracionismos, etc.— es total. Y si nunca rompe los lazos con el institucionismo, también supera la visión clásica de éste elaborada en las postrimerías del siglo pasado.[19] *Del criticismo pesimista pasa a la confianza en el porvenir; de la ignorancia del protagonismo popular, a la valoración del pueblo que trabaja; del «problema España» como abstracción «ideología» o estetizante, a la vinculación de problema España y problema social.*

Al mismo tiempo, hay que señalar que durante el período de Baeza se presenta, en estado germinal, la problemática de gran parte de *Juan de Mairena:* su Poética, a la que ya nos hemos referido, pero que podemos detectar ya en el prólogo a *Helénicas* de Hilario Ayuso: «Una abeja

14. Ver el ensayo titulado *¿Dos Españas?* en «Revista de la Universidad de México», enero-febrero 1969, Vol. XXIII, núms. 5-6.
15. *Ibidem.*
16. *Los complementarios* p. 90.

17. «La Voz de Soria», 22 de agosto, 1922.
18. No sabemos por qué O. Macrí lo incluye en «Invenzione-evocazione» y no en «Scriti politici, ... etc.».
19. Creo que hay un sector —minoritario— del institucionismo que acompasa éste a los imperativos del desarrollo histórico; a él pertenece Machado, como también Pablo de Azcárate, Negrín y otros más.

consagrada a la miel —y no a las flores— será más bien un zángano y el hombre consagrado a la poesía y no a las mil realidades de su vida, será el más grave enemigo de las musas.»

En los textos de *Los complementarios* la exaltación de la sencillez de Lope, de Bécquer, de San Juan de la Cruz, la severidad hacia el barroquismo calderoniano, anuncian ya lo de «Lope, el poeta de las ramas verdes» y «Calderón, el de las virutas», en las páginas de *Mairena*.

En el comentario a *Las meditaciones del Quijote* de Ortega, que Machado escribe en 1915, puede leerse: «Fue Cervantes, ante todo, un gran pescador de lenguaje vivo, hablado y escrito; a grandes redadas aprisionó Cervantes enorme cantidad de lengua hecha, es decir, que contenía ya una expresión acabada de la mentalidad de un pueblo.» Desarrolla el tema y dos páginas después leemos: «Pero la lengua hablada, con su castizo contenido mental, es la materia en que Cervantes ha trabajado, no su obra.» Ahí está ya implícito aquello de *Juan de Mairena* sobre la lengua y el saber populares, «el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos».

La historia de la caña dulce que el poeta, de niño, comparaba con la de otro chiquillo, es la base de la igualdad de los hombres, del freno a la vanidad y al engreimiento. Está escrita en *Los complementarios* con fecha 1914 y en *Juan de Mairena* sólo tuvo que añadirle la aleccionadora expresión: «a todo hay quien gane». La cual aparece en algunas de las redacciones de su conocido principio: «por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre».

En fin, las «divagaciones sobre la cultura» de 1919 y 1920 constituyen la base troncal del antiaristocratismo cultural ampliamente desarrollado por Machado en los años de su *Juan de Mairena*.

Todo lo cual, además de probar —si falta hacía— la continuidad de la obra machadiana (cada etapa incluye en ella la siguiente, en estado embrionario) contribuye a subrayar la trascendencia del período de Baeza en la especificidad de la aportación de Machado a la cultura española.

Podría pensarse en un paralelo de la «radicalización» de Machado con la de Valle Inclán, que se produce al terminar el segundo decenio. La idea del paralelismo es de Abellán que lo resume «en el paso de un modernismo manifiesto en la mocedad a una literatura "comprometida" en la madurez». Las diferencias, sin embargo, son muy grandes, ya lo hemos visto (Abellán hace paralelo entre *Campos de Castilla* y *Comedias bárbaras*). «Radicalismo» cuadra más con don Ramón. Los «esperpentos» son crítica del pasado y del presente nacionales. Pero es Machado quien «ama mucho más la edad que se avecina», la sencillez, los hombres del pueblo en quienes ve el porvenir. Ello sin contar que, como señaló don Tomás Navarro Tomás, referente al modernismo de Machado: «sólo temporalmente, Machado adoptó algunas de aquellas novedades».

Contra lo que durante mucho tiempo se creyó o se quiso hacer creer, don Antonio vivió siempre con la sensibilidad despierta hacia «la cosa pública». Si se conoce su participación en la campaña prorresponsabilidades, se conocía menos, hasta ahora, su manera de seguir casi cotidianamente la vida política durante la dictadura, su firmeza desde los primeros tiempos cuando tantos, hasta Ortega, estaban en expectativa ante la mal llamada «experiencia»; sus ilusiones ingenuas cuando lo de Vera y Atarazanas, etcétera. Más conocida es su participación notoria en la creación de Alianza Republicana (1926) y, más tarde, en la Agrupación al Servicio de la República, cuyo primer mitin electoral celebrado en Segovia está por él presidido. (Como en la Liga de Educación Política, y ahora más, Machado cree momentáneamente en hombres como Ortega, Marañón y Pérez de Ayala; su trayectoria es tan diferente a la de aquellos tres hombres, que no vale la pena detenerse en el tema. Recordemos, empero, a *Juan de Mairena*: «intelectuales, sí; pero no virtuosos de la inteligencia», y la condena que hace de quienes «se venden por filósofos y ejercen una cierta matonería espiritual» —en tiempos pacíficos, que asusta a los pobres de espíritu, sin provecho de nadie, y en tiempos de combate se dicen siempre «*au-dessus de la mêlée*».

Llegó el 14 de abril —«aquellas horas tejidas con el lino puro de la esperanza»— en que izó la bandera republicana en el Ayuntamiento de Segovia. Fue —recordémoslo— miembro del Consejo Nacional de Cultura y del Patronato de Misiones Pedagógicas. Más tarde, del Comité Mundial por la Defensa de la Cultura. A pesar de todo dejó escrito que en el período entre la disolución de las Constituyentes y las elecciones del Frente Popular hay muchos días de «restauración picaresca que no me atrevo a llamar republicanos».

¿Cuál es, con todo ello, la progresión temática fundamental de Machado? La evolución del Yo al Tú y al Nosotros, que perfila y completa en *Nuevas Canciones* (1924), [pero sus textos de la primera edición están escritos a partir de 1917].

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.

Para dialogar
preguntad primero,
después, escuchad.

Nuevas Canciones es otra etapa de la sentimentalidad colectiva en la obra machadiana. García Bacca comenta así el proverbio que encabeza la colaboración de Machado al primer número de «Revista de Occidente» (incluido en *Nuevas Canciones*) que, como es sabido, dice:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

«El hombre a quien hablas —escribe García Bacca—, no es hombre porque tú le hables; es hombre porque responde justamente a lo que le hablas; y por tal correlación o conversación, sois los dos *hombres*.»[20]

El «yoísmo» se supera por el *tú*, el *nosotros*, la intercomunicación cordial. Orientación ya muy distinta a la de don Miguel de Unamuno que decía, en Salamanca, lanzar sus ideas «como las pelotas, para que reboten en la pared y vuelvan a mí».[21]

Cabe señalar que la primera edición de *Nuevas Canciones* termina con *De mi cartera*, abogando por «la rima pobre» y en el poemilla VII:

La rima verbal y pobre,
y temporal, es la rica.
El adjetivo y el nombre,
remansos del agua limpia,
son accidentes del verbo,
en la gramática lírica,
del Hoy que será Mañana,
del Ayer que es Todavía.

(Este VII, pero sin los dos primeros versos, está ya escrito en *Los complementarios*, con fecha 15 de junio de 1914. Al final de *Nuevas Canciones* parece una reafirmación de fe poética.)

Tan insistentemente apegado a la simplicidad becqueriana, a la asonancia (véase todavía pág. 236 de *Los complementarios*), Machado se sitúa en la visión del mundo y del hombre en las antípodas del escéptico, desesperado y solitario Bécquer. El vínculo puede buscarse no para explicar lo que dice Machado, sino tan sólo *cómo* lo dice.

Al contrario, en *Nuevas Canciones* se ha logrado el Tú fundamental que conducirá, finalmente, a *Juan de Mairena*.

20. García-Bacca: *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*, Mérida (Venezuela), 1957, pp. 14-15.
21. Testimonio de su discípulo y colega Venceslao Roces.

Incluso en sus poemas de amor —y dicho sea un poco marginalmente— se encuentra la evolución de Machado del Yo al Tú esencial entre 1912 y 1929. Del «Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería», hasta el sueño, con Guiomar, de «dos soledades en una», los «dos corazones al par» fundiendo horas e inventando un «mutuo jardín».

Hemos comentado ya anteriormente cómo la preocupación por el Otro —y más aún por la Otra— es hilo conductor de *Abel Martín* en que no podemos detenernos ahora. Hagámoslo, en cambio, porque da la medida del camino seguido desde la Institución, a propósito de la Escuela Popular de Sabiduría, razón de ser del apócrifo profesor «Juan de Mairena».

En el punto de arranque gineriano la educación es la clave, la pieza maestra para construir una sociedad renovada. Machado, que también recibe el impacto regeneracionista, tiende a inclinarse a la ecuación costiana escuela + comida (despensa) = renovación del país. Su experiencia le hace pasar de la concepción del trabajo en abstracto a la del trabajo como función de clase social. Pienso que la diferencia esencial entre lo que es la educación para Machado y el punto de arranque institucionista, consiste en que para él la acción de enseñar no es unilateral; se enseña y se aprende a la vez: «Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no pueda competir con el folklore, con el saber popular. El pueblo sabe más y, sobre todo, mejor que nosotros» (*Juan de Mairena*, cap. 12).

La concepción gineriana, propia al último tercio del siglo XIX, enfoca una labor de educación general, pero a través de educación de núcleos más restringidos; educar educadores fue, ante todo, lo que él hizo. En la óptica burguesa-liberal del XIX frente al poder (político, económico, con hegemonía ideológica) del bloque oligárquico, esa concepción se traduce en una práctica avanzada, que lleva a la ruptura ideológica. Más tarde, en las condiciones del protagonismo popular, del peso creciente de la clase obrera y de la función que ésta va adquiriendo en la alternativa de Poder del siglo XX, la «formación de minorías rectoras» cara a tantos institucionistas, cambia de signo y pierde su calidad de fuerza propulsora. A lo más, esos institucionistas se contentan con la llamada extensión universitaria. La posición y preocupación de Machado es ya muy otra:

> Mas yo quisiera dejar sembrado en vuestras almas el propósito de una Escuela Popular de Sabiduría Superior. Y reparad bien que lo superior no sería la escuela, sino la sabiduría que en ella se alcanzase.
>
> ... Porque la finalidad de nuestras escuelas... consistiría en revelar al pueblo, quiero decir al hombre de nuestra tierra, todo el radio de su posible actividad pensante, toda la enorme zona de su espíritu que puede ser iluminada y, consiguientemente, oscurecida; en enseñarle a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo.

Y Machado se burla de esos que pretenden enseñar «cómo aserrar un tablón». La idea de educación de Machado es explícitamente opuesta a la de enseñanza de técnicas de trabajo, al «afán de adquirir, a cambio de fatiga muscular, dinero para comprar placeres y satisfacciones materiales», es decir, a la idea de educación que apunta a la *rentabilidad*, que es la que quiere la burguesía (aún la más liberal) en la época del desarrollo industrial, del trabajo complejo y de la exigencia de una fuerza de trabajo con un mínimo de calificación.

> ... El grupo de sabios especializados en las más difíciles disciplinas científicas ni vendría a nuestra escuela ni, mucho menos, saldría de ella. Nosotros no habríamos de negar nuestro respeto ni nuestra veneración a este grupo de sabios, pero de ningún modo les concederíamos mayor importancia que al hombre ingenuo, capaz de plantearse espontáneamente los problemas más esenciales (*Juan de Mairena*, XXXVI —texto escrito en 1935.)

En fin, no insistiremos demasiado en su concepción de la igualdad de los hombres. En un artículo que con el título de *Soria* publica en «El Porvenir Castellano» de primero de octubre de 1932 —cuando es nombrado hijo adoptivo de Soria— cuenta que el aforismo «Nadie es más que nadie» lo oyó por vez primera en aquellas tierras en boca de un viejo pastor. Esa igualdad del hombre tiene, para Machado, la dignidad como base. Para él el «señoritismo se complace en ignorar la suprema dignidad del hombre» ...El pueblo, en cambio, la conoce y afirma; en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. Para Machado hombre del pueblo es sinónimo de trabajo y de dignidad; señorito de negación del trabajo «para ganar el pan» y de la dignidad como valor ético. De ahí que, forzando sin duda la nota del paralelismo, compare a Mio Cid con los milicianos de 1936 y a los Infantes de Carrión con los señoritos.

El trabajo es un supremo valor para Machado, pero distingue el trabajo creador y el necesario. En su artículo *Octubre* de 1934 se refiere ya a la «emancipación de todo cuanto es servidumbre en el trabajo». La idea está mucho más perfilada en su discurso a la JSU. Una vez más se declara ajeno al marxismo (lo que parece fuera de duda) y añade: «Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia.»

Esta actitud es la que ha hecho que Gil Novales hable de un «socialismo tolstoiano» en Machado; y a Aurora de Albornoz, hace tan sólo unos meses. «De un republicanismo burgués hereditario —digamos— llega Machado, caminando lentamente, primero; a ritmo acelerado, más tarde, a una posición socialista. En nota «Digo expresamente posición y no me refiero a partidos, ya que Machado no perteneció a ninguno»[22] (a diferencia de Unamuno,

22 Aurora DE ALBORNOZ: *Antonio Machado, Antología de su prosa*. Madrid, 1972.

de Azorín, de Valle Inclán, de Ortega, etc.). Y es muy atinado señalar, como hace Darmangeat, que don Antonio no había leído «ciertos textos, por ejemplo la carta de Engels a Joseph Bloch». Menos podía leer *La ideología alemana* (en manuscrito y perdida hasta 1932).

En resumen ¿qué ha quedado del 98 crítico y regeneracionista, elitista y escéptico? ¿qué ha quedado del grupo generacional con su mitologización de un paisaje miserable e inmóvil de una miseria que les parece eterna?

En cambio, las raíces de Giner, Salmerón y Pi, han quedado en el sustrato sobre el que Machado, «a la altura de las circunstancias» ha elaborado su temática, su poética, su concepto de la cultura, sus ideas sobre la sociedad. Todo a nivel «ideológico», es decir, de axiología, de emociones y juicios de valor, de sentimentalidad, de volición. No pretendemos la enormidad de hacer pasar a Machado por un sociólogo ni por un científico.

A fin de cuentas, en un texto poco conocido, de los últimos meses de su vida, Machado ha hablado de dos cuestiones fundamentales: Mairena y su relación con la llamada generación del 98.

> Soy posterior a ella. Mi relación con aquellos hombres —Unamuno, Baroja, Ortega, Valle-Inclán— es la de un discípulo con sus maestros. Cuando yo nací a la vida literaria y filosófica, todos aquellos hombres eran valores ya cuajados y en sazón.

Modestia, sin duda, imprecisión con respecto a Ortega, pero también afirmación de una personalidad distinta. Machado pone distancias.

El 98 es una coyuntura de la historia de España; jóvenes y maduros responden a ella según un complejo de condicionantes. Pero hablar del 98 como una especie de entidad permanente o como de una cofradía, es un dislate histórico. Querer explicar a Machado por el 98 es, en el mejor de los casos, una ligereza histórica y literaria imperdonable; pero también puede ser una impostura intelectual para justificar conformismos actuales disfrazados de vanguardismo.

En la coyuntura de 1914-1915 marcha aún conjuntamente, con los más jóvenes (Ortega, Azaña, Madariaga, Américo Castro, Luzuriaga, etc.), ante el dilema de la guerra mundial, con la excepción de Baroja. Pero Machado denuncia el reformismo melquiadista de amigos y condiscípulos y hasta de maestros. En cuanto a Azorín se instaló hace tiempo en el conformismo maurista. 1917-1920; Machado y Unamuno están en liza, y Valle Inclán se les une. A Ortega le perece la huelga general algo de broma. El 23, solos Machado y Unamuno. Con ellos Azaña, los jóvenes Maeztu, cambia de campo; luego Valle, Ortega tomará posición después (no está en la Alianza Republicana del 26). Y cuando la República se proclama Unamuno protesta siempre, Ortega dice desilusionarse y postula, en vano, una «rectificación» de la República.

El último viaje llega para Valle en enero del 36; para Unamuno, en lucha consigo mismo, contra todo y contra todos, desbordado por la coyuntura, el último día de aquel año. Los institucionistas, salvo algunas excepciones (Negrín, Pablo de Azcárate, De los Ríos) que persistían en 1931 en la utopía educacional y acaparaban despachos, se colocan *au dessous de la mêlée*; como Baroja, como Azorín (republicano ocasional del 31). De Ortega, más vale silenciar lo ocurrido. Los teóricos de las élites, los que no tenían fe en el hombre sencillo del pueblo al despuntar el siglo, abandonan el campo, no tienen nada que hacer ni que decir cuando ese hombre sencillo es el primer protagonista de la historia. Con ese hombre a secas sólo ha quedado Machado de aquellos jóvenes contertulios de Fornos al agonizar el otro siglo. Machado, «casi desnudo / como los hijos de la mar», pero en medio de su pueblo en éxodo. Machado enterrado en tierra francesa, pero envuelto en la bandera de su pueblo, por oficiales del ejército de su pueblo.

Machado había superado la ideología del 98, porque había superado la ideología de una pequeña burguesía rebelde, pero negativamente crítica.

Rota la hegemonía ideológica de la Restauración, aquellos escritores e intelectuales, no tenían más que dos caminos esenciales; ser recuperados por alguna de las fuerzas sociales dominantes que aspiraban a reemplazar la vieja oligarquía o ser «importados» por las fuerzas sociales aún dominadas, pero en ascenso y aspirando al poder y a la hegemonía. Un tercer camino es la esterilidad de quien no tiene raíces.

Del 98 Antonio Machado fue el único que pasó de ser el intelectual republicano pequeñoburgués a ser el poeta y el escritor «ideológicamente hablando» de los que ganan su pan con el trabajo diario.

Pau, 1966-1973.